

y cuenta que hablo seriamente.» Es el mismo hombre que declaraba á los adversarios de su tío que «mentaban descaradamente», y, para sostener su dicho, les daba cita de allí á tres meses en cualquier punto de Europa. La energía salvaje de la edad precedente, subsiste intacta, y por eso la poesía prende con tanta fuerza en esas almas vírgenes: nunca son tan hermosas las cosechas humanas como cuando el cultivo abre un suelo nuevo. Hombre apasionado además, melancólico y solitario, propende por naturaleza á la meditación noble y vehemente, y tan poeta es, que lo es fuera de sus versos.

VI

¿Expondré su epopeya pastoril, *La Arcadia*? No es más que un pasatiempo, una especie de novela poética escrita en el campo para entretenimiento de su hermana, obra de moda, y que, como nuestro *Ciro* y nuestra *Clelia*, no es un monumento, sino un documento. Esa clase de libros no muestran más que las exterioridades, la elegancia y la cortesía corriente, el dialecto de la alta sociedad; en resumen: lo que hay que decir delante de las damas. Y, sin embargo, en ellos se ve la tendendencia del espíritu público: en *Clelia*, el desarrollo oratorio, el análisis delicado y sostenido, la conversación abundante de personas tranquilamente sentadas en buenos sillones; en la *Arcadia*, la imaginación tormentosa, los sentimientos exagerados, el tropel de acontecimientos, que corresponden á hombres apenas salidos de la vida semibárbara. Efec-

tivamente: todavía se disparan pistoletazos en las calles de Londres, y en tiempo de Enrique VIII, de su hijo y de sus hijas, se arrodillarán bajo el hacha del verdugo reinas, un protector y los primeros de los nobles. La vida armada y azarosa ha opuesto en Europa larga resistencia al advenimiento de la vida pacífica y tranquila, y ha sido preciso transformar la sociedad y el suelo para trocar en hombres civiles á los hombres de espada; los caminos reales de Luis XIV y su ordenada administración, como más tarde los ferrocarriles y los polizontes, son los que han dado al traste con nuestros hábitos de violencia y nuestra afición á las aventuras peligrosas. Tened presente que á la sazón las cabezas están llenas aún de imágenes trágicas. *La Arcadia* de Sidney encierra bastantes para dar asunto á seis poemas épicos. «Era un juego, dice Sidney: yo desfogaba mi cerebro de joven.» En las veinticinco primeras páginas encontráis un naufragio, una historia de piratas, un príncipe medio ahogado recogido por los pastores, un viaje por Arcadia, disfraces, el retiro de un rey que se ha confinado en una soledad con su mujer y sus hijos, la salvación de un mancebo prisionero, una guerra contra los ilotas, la celebración de una paz, y otras muchas cosas. Proseguid, y veréis princesas encarceladas por un hada perversa que las vapulea y amenaza de muerte si se niegan á casarse con su hijo; una hermosa reina condenada á morir en el fuego, si no van á salvarla caballeros que se designan; un príncipe pérfido torturado en castigo de sus fechorías y precipitado después de lo alto de una pirámide; combates, sorpresas, raptos, viajes, todo el contingente, en fin, de las novelas más novelescas. Eso por lo que toca á la parte grave; la agradable corre parejas: por doquiera reina la fantasía,

El idilio inverosímil sirve de intermedio, como en Shakespeare ó en Lope, á la tragedia inverosímil. Continuamente veis bailar pastores; son muy corteses, buenos poetas y sutiles metafísicos. Varios son príncipes disfrazados que hacen la corte á princesas. Cantan sin fin y organizan danzas alegóricas; se adelantan dos bandos, los servidores de la Razón y los servidores de la Pasión; se describe minuciosamente sus sombreros, sus cintas y sus túnicas; se denotan en verso, y sus réplicas contundentes, rápidas y alambicadas, constituyen un torneo de ingenio. ¿Quién se cuida de la naturalidad y de la verosimilitud en ese siglo? Fiestas así se celebran en las *entradas* de Isabel, y no hay más que mirar las estampas de Sadler, de Martín de Vos y de Goltzius para ver esa mezcla de bellezas sensibles y de enigmas filosóficos. La condesa de Pembroke y sus damas se complacen en idear esa profusión de trajes y de versos, esa ópera representada bajo los árboles; es que en el siglo XVI se tienen ojos, sentidos que buscan su satisfacción en la poesía, la misma satisfacción que en las *mascaradas* y en la pintura. Entonces el hombre no es todavía una razón pura, no; le basta la verdad abstracta; ricas telas enroscadas y plegadas, el sol que las abriellanta, una pradera cuajada de blancas margaritas, damas con vestido de brocado, con los brazos desnudos y una corona en la cabeza, conciertos de instrumentos detrás del follaje: he ahí lo que quiere el lector que se le ofrezca; no se preocupa de los contrastes, y halla muy en su punto un salón en medio del campo.

¿Qué van á decir en él? Aquí se revela en toda su locura la especie de exaltación nerviosa propia del espíritu de la época; el amor se remonta al quinto cielo; Musidoro es hermano de nuestro Celadon; Pa-

mela es próxima parienta de las más severas heroínas de nuestra *Astrea*; cunden como una plaga todas las exageraciones y todas las falsedades españolas. Porque en esas obras de moda y de corte jamás conserva su sinceridad el sentimiento primitivo; el ingenio, el afán de agradar, el deseo de producir efecto, de hablar mejor que los demás, le alteran, le atormentan, acumulando embellecimientos y refinamientos hasta que ya no queda nada más que un galimatías. Musidoro quiere dar un beso á Pamela. Pamela le rechaza. El se habría caído muerto allí mismo; pero afortunadamente recuerda que su señora le ha mandado alejarse, y aún halla fuerzas para cumplir su mandato. Se queja á los árboles; llora en verso. Encontraréis diálogos en que el eco, repitiendo la última palabra, da la respuesta, duos rimados, estancias equilibradas, donde se expone minuciosamente la teoría del amor, y, en fin, todos los recursos de empeño de la poesía ornamental. Si los galanes envían una carta á su dama, hablan á la carta, y dicen á la tinta que llore. «Cuando ella te mire, tu negrura se transformará en luz; cuando ella te lea, tus gritos se trocarán en música.» Acuéstanse dos jóvenes princesas. Esas princesas «empobrecieron sus vestidos para enriquecer su lecho, que aquella noche bien hubiese podido desdeñar al altar de Venus; y acariciándose una á otra, con tiernos aunque castos abrazos, con dulces aunque fríos besos, hubieran podido hacer creer que el Amor había ido á jugar allí sin dardos, ó que, fatigado de sus propias llamas, quería refrescarse entre sus labios embalsamados». Para disculpar esas tonterías, pensad que las hay iguales en Shakespeare. Tratad más bien de comprenderlas, de figurároslas en su sitio, en medio de su ambiente, tales

como son, es decir, como excesos de la singularidad y de la fuerza inventiva. Aunque esos hombres adulteran hasta lo último sus ideas, al través del afeite asoma la nativa frescura. Desde la segunda obra de Sidney, la *Defensa de la poesía*, se ve aparecer la verdadera imaginación, el acento sincero y serio, el estilo grandioso, imperioso, toda la pasión y elevación que encierra su alma y que pondrá en sus versos. Es un espíritu contemplativo, un platónico (1), que se ha penetrado de las doctrinas antiguas, que toma las cosas por lo alto, que pone la excelencia de la poesía, no en el adorno, la imitación ó la rima, sino en esa concepción creadora y superior con que el artista rehace y embellece la naturaleza. Al mismo tiempo es un hombre vehemente, confiado en la nobleza de sus aspiraciones y en la amplitud de sus ideas, que pone á raya la vocinglería del puritanismo estrecho, vulgar, y se desahoga con la ironía altanera, con la independencia altiva de un poeta y de un gran señor.

A sus ojos, si hay algún arte ó alguna ciencia capaz de aumentar y de cultivar la generosidad del hombre, es la poesía. Hace comparecer ante ella al filósofo y al historiador, y se burla de sus pretensiones y las pisotea (2). Combate por la poesía como un caballero por su dama, y es de ver con qué heroico y magnífico estilo. Cuenta que, oyendo la antigua balada de Percy y Douglas, su corazón se estremecía como á los ecos

(1) Página 494.

(2) I dare undertake *Orlando Furioso* or honest King *Arthur* will never displease a soldier. But the quidditie of *Ens* and *prima materia* will hardly agree with a corcelet.

Véase en la pág. 497 la personificación tan burlesca é ingeniosa de la Historia y de la Filosofía. Allí se ve un verdadero talento.

de un clarín. «Si tan mal perjeñada y cubierta con el polvo y las telas de araña de una edad tosca, nos remueve de ese modo, ¿qué no haría vestida con la magnífica elocuencia de Pindaro?» El filósofo repele; el poeta atrae. «Viajáis con él como por un hermoso viñedo; desde el mismo principio os da un racimo de uvas, y vosotros, impregnados de ese sabor, deseáis seguir adelante.» ¿Qué género de poesía puede desagradaros? ¿Acaso la bucólica, tan plácida y risueña? ¿Acaso el yambo amargo, pero saludable, que toca en lo vivo del alma ulcerada, y, con sus valientes y penetrantes clamores contra el vicio, hace de la vergüenza la trompeta de la infamia? Al final concentra sus razones, y el acento vibrante y marcial de su período poético es como un toque de victoria. «Puesto que las excelencias de la poesía pueden comprobarse tan fácil y tan cumplidamente; puesto que las bajas y rastreras objeciones pueden pisotearse en un momento; puesto que no se trata de un arte de mentiras, sino de doctrina verdadera; puesto que, en vez de afeminar, estimula el valor; puesto que, en vez de relajar, fortalece el entendimiento del hombre, plantemos laureles para coronar la cabeza de los poetas, lejos de permitir que el impuro aliento de esos difamadores empañe las claras fuentes de la poesía.» Por esta elevación y vehemencia puede colegirse de antemano cómo serán sus versos.